

UNAS PÁGINAS SOBRE LA HISTORIA DE LAS IDEAS LINGÜÍSTICAS DEL PERÚ. OPINIONES DE RIVA-AGÜERO ACERCA DE LAS LENGUAS ANDINAS Y LA MODALIDAD PERUANA DEL CASTELLANO

Enrique Carrión Ordoñez
Instituto Riva-Agüero - PUCP

Han pasado cuarenta años del homenaje rendido por el *Mercurio Peruano* al gran historiador José de la Riva-Agüero con motivo de cumplirse el X aniversario de su fallecimiento. Entre las destacadas firmas nacionales y extranjeras que concurrieron a la celebración estaba la de un joven docente, a quien tanto debemos hoy los que nos hemos dedicado a los estudios filológicos. Luis Jaime Cisneros redactó unas páginas llamando la atención de los estudiosos acerca de las ideas del notable polígrafo en relación con ciertas cuestiones etnolingüísticas implicadas en la investigación histórica sobre los pueblos prehispánicos.¹ Con la modestia que conocemos bien cuantos somos beneficiarios de su desprendida honestidad intelectual, Luis Jaime Cisneros consideraba que sus reflexiones eran "solamente una llamada de atención" para abordar el tema del encuentro entre el castellano y las lenguas autóctonas. Por entonces el destacado maestro se hallaba dedicado a estudiar los valiosos trabajos del Fray Domingo de Santo Tomás. En el primer *Boletín* del Instituto, publicado un año antes, había aparecido su excelente artículo sobre la *Gramática* del gran misionero y valioso quechuista. Séame lícito asociar a esta conmemoración un recuerdo personal sobre mi juvenil colaboración con el Instituto, íntimamente asociada con mi gratitud al entonces Director del Seminario de Filología.

Es muy escasa la bibliografía sobre la historia de la lengua en el Perú, y más corta todavía la que estudia la evolución de la ideología lingüística. Para esta ocasión anuncio y comento una curiosa noticia bibliográfica que confirma la reconocida y vasta preparación intelectual del titular de la Casa de Látiga y su casi obsesiva inquietud peruana. En segundo lugar presento algunas consideraciones sobre la visión que Riva-Agüero tenía acerca de las relaciones entre la historia y la lingüística de las sociedades andinas precolombinas; y añadido por último un examen sucinto sobre las ideas del notable historiador respecto del castellano nuestro. Espero aumentar en algo ese caudal exiguo de estudios sobre la perspectiva diacrónica de la lengua en el Perú.

La distinción entre historia de la lingüística e historia de la lengua es tajante y clara en tanto lo sea la distinción entre lengua-objeto y metalengua. La historia lingüística, como parte de la historia de los objetos creados por la cultura, examina las variaciones de la opinión docta o popular acerca de las lenguas. Ciertas ideas suelen influir en las metamorfosis de la identificación comunitaria, una de cuyas lealtades, si no la mayor, es la conciencia unitaria y diferencial del propio idioma frente a sus alternativas. El historiador de las lenguas históricas en cambio, bien se enfrente sobriamente a la evolución diacrónica interna de sus estructuras centrales, bien se extienda con deleite cultural a engastar la evolución de la arquitectura de la lengua en su contexto externo, atiende fundamentalmente a su objeto y secundariamente a las dependencias de dicha lengua respecto del entorno semiótico externo, social y cultural que explicara su evolución específica. La historia de los fenómenos lingüísticos es del todo diferente, y en mucho indiferente a la historia de las doctrinas e ideologías culturales, siempre que no entremos en el proceso hermenéutico que lleve a la historia efectual en la que la lengua se constituye como objeto.

Así planteado, el problema parece provocar una definitiva bifurcación de rumbos, enfoques, objetivos, métodos. El fondo de la cuestión es el convencimiento extendido entre los lingüistas sobre la ínfima o ninguna influencia de la conciencia en la evolución de la lengua. De sus raíces románticas la ciencia del lenguaje heredó la creencia en una creación anónima e inconsciente, o peor aun, hipotéticamente producida por un alma popular, sujeto colectivo, el único responsable de la organización de cada lengua en que se refleja y recrea.

El positivismo conjuró ese fantasmal espíritu colectivo y lo trató de reducir a niveles más elementales de la fisiología, la psicología o la sociología. Pero la reacción contra el positivismo se manifestó en aquella escuela neoidealista que recogió parte del legado romántico y trató de rescatar el papel de la creación individual en el lenguaje, la presencia permanente de una libertad creadora. La reducción de Croce (estética = lingüística) indujo al nacimiento del modelo vossleriano para interpretar la historia de la lengua con proclividades fuertemente literarias.

LA REACCIÓN CONTRA LA IDEOLOGÍA POSITIVISTA

Vengamos al Perú en los albores del Novecientos. Riva-Agüero ha dejado una imagen muy sugestiva del mundo ideológico que encontró en la Universidad. Son preciosos recuerdos que quedaron truncados en la libreta donde contestaba el cuestionario del periodista Sainte Marie cuando le sobrevino la muerte.² El positivismo derivado de Spencer está marchitándose en las enseñanzas de

Mariano H. Cornejo, sin que el abono artificial de las doctrinas de Wundt remozaran su inevitable caducidad. Sugerí a un aprovechado estudiante, hoy distinguido colega, tomar como tema para su tesis de Bachiller el examen de las doctrinas de este celebrado parlamentario y afortunado autor de uno de los primeros tratados de Sociología que se hayan destinado a la enseñanza superior. La diligencia de Godenzzi dio por resultado uno de los poquísimos trabajos disponibles sobre las ideas lingüísticas del Perú.³ Alejandro Deustua difundía el vitalismo de Bergson y la psicología social de Wundt, en franco apartamiento del credo positivista que dominó a Javier Prado inicialmente, pero que después este afamado universitario desecharía en favor del vitalismo. La reacción contra el tratamiento estrecho -mecanicista, organicista, determinista- de los fenómenos sociales, saludable en sí, condujo a un entusiasmo casi místico por el impulso vital, funesto para los estudios serios aunque favorable a la retórica. Del libro de Javier Prado sobre "el genio de la lengua y la literatura" desde la época colonial⁴ no se puede sacar un juicio ni dato útil para la lingüística diacrónica o para la historia de las ideas lingüísticas.

Pero también el naciente estructuralismo reaccionaría contra el positivismo. La nueva dimensión cultural sólo ahora viene a mostrar su contenido ideológico, mezcla de verdades racionales e intereses pasajeros, sus condicionamientos y limitaciones. En lingüística la ideología positivista se escondía bajo las austeras exigencias de la escuela de neogramáticos. Por cierto, el nombre de Ferdinand de Saussure está sólidamente asociado al nacimiento del estructuralismo, aunque hubiera recibido en su formación y cultivado ventajosamente en su plenitud lo mejor de la escuela neogramatical. La enseñanza saussuriana fue piadosamente recogida en cuadernos de atentos y sagaces discípulos que publicaron a modo de síntesis el influyente *Curso de lingüística general* el año 1916.

UN EJEMPLAR DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL COURS

En la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero había buena porción de libros en lenguas extranjeras que los catalogadores dejaban para mejor oportunidad, convencidos razonablemente que la demanda de los usuarios incidía más bien en las valiosas existencias de publicaciones nacionales e hispánicas. Entonces ejercía quien esto escribe el empleo de Inspector de la Biblioteca; en tal condición conseguí que el diplomático y bibliotecario haitiano Mr. Raymond Lavelanet fuera contratado para que diera preferencia por algún tiempo al registro metódico del fondo francés. Fue así como, revisando las obras que se habían catalogado, llegó a mis manos nada menos que una primera edición del famoso *Cours de Linguistique Générale* publicado póstumamente en 1916 por un selecto

grupo de los discípulos del maestro ginebrino.⁵ Y no sólo eso: el libro estaba marcado y con algunas notas manuscritas del mismo Riva-Agüero. En aquel tiempo otros temas me inquietaban y no dediqué al ejemplar un interés demorado, aunque procuré que fuera debidamente reunido junto con otros volúmenes valiosos que llevaban anotaciones del polígrafo por antonomasia.

Cuando salió el artículo de Cisneros sobre las ideas lingüísticas de Riva-Agüero (1954, cit. en nota 1) nadie tenía idea de la existencia de tan valiosa edición, y menos yo, estudiante inexperto. Ahora lo puedo examinar con mayor cuidado gracias a la amable intervención de Sandro Patrucco.⁶

Esta será una oportunidad de comentar brevemente las huellas de la lectura que Riva-Agüero efectuó, no sabría decir cuándo -si acaso no fueran varias lecturas- y de ampliar los escasos precedentes sobre la historia de la ideología lingüística del Perú republicano.⁷

Las acotaciones son inequívocamente salidas del lápiz del dueño. Su letra me resulta familiar después de estudiar el ejemplar anotado de su *Carácter de la literatura del Perú independiente* que, con la ayuda del recordado César Pacheco, publicamos como tomo primero de sus *Obras*.

Consisten en:

I) Subrayados simples (p. 18, 20, 269).

II) Líneas marginales (48, 268, 269, 270, 277, 279, 296, 312). La palabra "ojo" aparece dos veces al margen, combinada con rayas marginales (281, 320).

III) Algunas breves palabras y frases, acompañadas de rayas marginales:

III.A) p. 49, "Méjico". Parece indicar que en este país se ejemplifica una tendencia a transformar ciertos ideogramas en fonogramas.

III.B) p. 50, 1n. 9: "español". Puntualiza cierta semejanza del idioma con el francés del siglo XI. p. 50, 1n. 30-33: "Como en la pronunciación hispanoamericana" y al margen inferior: "para el estudio del Boletín del Centro de Estudios Históricos".⁸ Compara la pronunciación [seseante] francesa de c [ante e, i] y su yeísmo reciente con los procesos análogos efectuados en el español americano.

IV.C) p. 275, 1n. 6: "Caso del Perú incaico". Confirma la idea saussureana sobre la posibilidad de que exista lengua literaria sin escritura.

IV.D) p. 276, 1n. 19 sq. "El hispanoamericano". Confirma analógicamente las reflexiones saussureanas sobre la diferenciación dialectal comparada entre un foco metropolitano y otro colonial.

IV.E) p. 286 al margen superior: "Para los aymaras". Saussure trataba en ese pasaje, usando ejemplos de la familia indoeuropea, acerca de la imbricada superposición de isoglosas (áreas diferenciadas donde se presenta la aceptación o el rechazo a cada uno de los cambios lingüísticos), causa de complicada interrelación de los dialectos que comparten asimétricamente tales isoglosas. Al ocurrir más tarde la desaparición eventual de dialectos intermedios por migraciones de los pueblos, o por otros factores externos, entonces se presentan fronteras bruscas dentro de territorios que inicialmente ofrecían transiciones diferenciales graduales. Riva-Agüero parece insinuar que la diferenciación entre el aimara y el quechua no fue tan tajante en épocas remotas. En los escritos del historiador (los reunidos especialmente en el vol. V de sus *Obras completas*) se repite la convicción sobre el remoto parentesco de ambas lenguas andinas⁹, que ahora se mostraban muy diferenciadas por consecuencia de seculares procesos internos y externos.

LINGÜÍSTICA Y PREHISTORIA

No es difícil comprobar que la lectura del libro de Saussure muestra la inclinación dominante de Riva-Agüero por los estudios históricos. De manera que su interés por la lingüística es básicamente el deseo de sacar de ella información y argumentos para los debates históricos. Es el interés por lo que se consideraba una "ciencia auxiliar", estimable básicamente ahí donde faltara el testimonio de la escritura; para los tiempos que se entendían básicamente como Prehistoria.

Léase por ejemplo lo que afirma en 1921: "Las razas quechua y aymara son hermanas gemelas, braquicéfalas ambas [...] Los respectivos idiomas tienen igual fonética y morfología; y la diferencia de sus vocabularios, aunque efectiva, se ha exagerado muchísimo. El examen del *cauqui* [...] permite adivinar un *paleoquechua*, una perdida lengua común. Los unen los mismos nexos que en otras familias lingüísticas vinculan, por ejemplo, el arameo con el árabe; el antiguo persa con el sánscrito, y al griego con el latín" (*Ob. Comp.* V, p. 77-78). Hacia 1930, unos diez años después, vuelve a la carga directamente contra Uhle y su intento de separar las dos lenguas y contradictoriamente sostener la prioridad genética del aimara: "El aspecto de las variedades dialectales en la sierra central del Perú, oscilantes del quechua al aymara, autoriza a suponer una antigua lengua común, intermedia entre la quechua cuzqueña y la moderna aymara, y que no

hemos vacilado en calificar de *paleoquechua*". Riva-Agüero intuyó que la expansión del quechua fue muy anterior a la institución del Imperio: "Todo ocurre en suma, para la sierra peruana, como si una onda lingüística homogénea la hubiera recorrido durante muchas centurias antes que los incas; y la heterogeneidad o segmentación hubiera ido luego acentuándose paulatinamente por la elaboración aislada de cada grupo, invasiones preincasicas, más o menos conocidas y el artificial transporte de *mitimaes* en el postrer imperio" (ibid. pp. 145-47, etc.). Esa misma hipótesis del imperio *paleoquechua* que precedió a los collas del Tiahuanaco, la reafirma unos años después en su *Civilización tradicional peruana*, curso expuesto en la Universidad Católica el año 1937. Para eso intenta "reconstruir el mapa lingüístico del Tahuatinsuyo, el de la Sierra especialmente" (ibid. p. 204 y sigs. Repite que entre el aymara y el quechua no hay ningún hondo abismo, por más que Uhle declarara extraños entre si ambos idiomas andinos. Con los demás lingüistas, Riva-Agüero reconoce "la fraternidad de las dos grandes lenguas andinas" (p. 208). Contra la pretendida antigüedad del aymara sentencia meridianamente: "Una lengua madre no subsiste viva con las filiales" (p. 210). Para entonces Riva-Agüero, aunque no manejara la técnica de los expertos en historia de la lengua, ha ido precaviéndose de las semejanzas engañosas que ilusionaban a los antiguos prehistoriadores, a los coleccionistas de afinidades toponímicas superficiales. Menciona una "ley" de "heterogénesis de los fines" atribuida a ciertos estudiosos alemanes, que no es sino la mera comprobación de las homonimias que produce la evolución del lenguaje. La homonimia no sólo dificulta la tarea etimológica sino que vuelve dudosas las conjeturas históricas que se construían sobre tan endeble basamento. Riva-Agüero parece distanciarse de las etimologías caprichosas, las onomásticas incontrolables que pululaban a comienzos de siglo como argumentos sobre la prehistoria.

Anota el pasaje saussureano donde se comprueba la desinteligencia occurrente entre dos puntos extremos de un dominio idiomático inicialmente homogéneo. Le llama la atención que Saussure confirme los lazos que unen la lealtad étnica, que llama *etnismo*, con la comunidad idiomática, de manera que la reconstrucción de una familia lingüística supone la existencia originaria de una comunidad étnica, pero sólo excepcionalmente la naturaleza específica de esa vida comunitaria; mucho menos puede enseñarnos claramente las trazas mentales del pueblo que habla una lengua.

Las marcas y notas son escasas, digámoslo de una vez, pero muy significativas del lector, de su insaciable capacidad de lectura, de su vocación histórica, de su nacionalismo retrospectivo. No hay indicio alguno de interés por el estudio de la lengua en sí. No se nota especial interés por profundizar en la disciplina y sus

tecnicismos, sino en su utilización polémica. Hemos comprobado fácilmente la preocupación y la pasión dominante en Riva-Agüero: el Perú y lo relacionado con la inteligencia histórica de la vida peruana. Era la más clara expresión de una generación que creció con las cicatrices de una guerra infortunada, que se propuso encontrar las raíces de esa experiencia histórica.

Además Riva-Agüero no tuvo formación técnica especial en la ciencia del lenguaje. Conocía ciertamente el francés por el Colegio de la Recoleta y el inglés posiblemente por enseñanza privada, entonces ya frecuente en los vástagos de familias pudientes. Más tarde debió haberse familiarizado íntimamente con el italiano por su residencia y recorridos turísticos en aquella Península. Hizo también estudios de latín cuya profundidad no sabríamos ponderar, pero estimo que siguieron aumentando a lo largo de su vida. Los estudios de latín y griego estaban en franco retroceso para entonces, naturalmente por las mismas razones que hacen tan discutible hoy el valor de la enseñanza de lenguas en los colegios del Estado: profesores incompetentes, textos inapropiados, motivación exigua en los estudiantes, pobreza de materiales pedagógicos. En el *Discurso de Clausura del año universitario*¹⁰ el Rector Isaac Alzamora aconsejaba abiertamente acerca del "estudio de las lenguas muertas, que deben suprimirse definitivamente de la instrucción secundaria general para sustituirlas con un aprendizaje serio de las lenguas vivas". Pero Riva-Agüero, -como su amigo el poeta José Gálvez- tenía desde temprano una admiración exagerada por los clásicos. En parte era legado recogido del parnasianismo modernista, que en realidad se inclinaba, más que a la Grecia de los griegos, a la "Grecia de la Francia", por un clasicismo sin sólida filología, que repetía deslumbrado la "Plegaria del Acrópolis" del admirado Renán¹¹ y la *parafernalía* (difundido y anglicismo) neoclásica y parnasiana, más bien ornamental y de museo de artes decorativas, romanismo menor de ornamentación pompeyana, que de auténtica familiaridad con los grandes textos de aquellas culturas mediterráneas. En Riva-Agüero había también una causa especial: su admiración enorme por Menéndez Pelayo, que poseía y propiciaba una auténtica cultura clásica. Las pocas ideas modernas sobre lingüística que llegaban al país giraban alrededor de las especulativas digresiones de F. Max Müller, a quien Porras todavía rendiría aun admiración incondicional. Aunque tampoco faltaban exposiciones universitarias que resucitaban envejecidas quimeras racionalistas en pos de la lengua universal, que se inspirara en la realidad científicamente observada. Los estudios específicos sobre cuestiones lingüísticas aparecían en revistas de geografía o historia, a cargo de médicos o aficionados de esos que por piedad se llaman beneméritos. No hay más objetivo para la lingüística histórica que el de servir como auxiliar de la arqueología y la prehistoria. El *Boletín de la*

Sociedad Geográfica de Lima de aquellos tiempos traía multitud de artículos sobre toponimia y antroponimia que no tienen ningún valor, ni siquiera por los datos de turbio origen que allegan.

Riva-Agüero, como los demás estudiosos de las civilizaciones precolombinas, cayó en la trampa etimologista, a pesar de su explícita condena a los excesos de otros competidores. La menuda compilación positivista de impresos y manuscritos era reemplazada por la audacia analítica, el dogmatismo excesivo y las explicaciones oportunistas, con citas y referencias a oscuros nombres extranjeros que avalaran semejantes audacias. Las semejanzas externas de raíces y palabras para probar vinculaciones genealógicas, expansiones territoriales y prioridades temporales nos devolvió al saber barroco. Pero hacía rato que la ciencia atendía más a las estructuras morfológicas y a los morfemas gramaticales para establecer parentescos sólidos que a las semejanzas de palabras o raíces merecedoras más bien de desconfianza a partir del convencimiento de que toda lengua esta sometida al cambio regular y divergente en comunidades separadas.

Una constante hay en todo eso: la obsesiva preocupación por lo que ahora se llama "identidad nacional". Riva-Agüero escudriña los tiempos antiguos intentando comprender mejor su país. Su nacionalismo es auténtico y tenaz, pero a veces pierde en generalidad y pasa al terreno de la política inmediata.

En 1905 creía aun que la amenaza de la "corrupción" de la lengua castellana era remota porque estábamos lejos de las condiciones de barbarie que alentaron el nacimiento de las lenguas modernas "no hay tampoco que temer que se formen idiomas neohispanos que reemplacen en estas repúblicas al de Castilla y den origen a literaturas especiales".¹² Menéndez Pidal había estado en Lima como representante del Rey de España, árbitro escogido para la controversia de límites con el Ecuador. Inútil encontrar la huella de su escuela científica en las obras del estudioso limeño. La siguiente generación de Porras y Basadre sería influida mejor por la renovadora acción del Centro de Estudios Históricos de Madrid.

EL ESPAÑOL DEL PERÚ

El texto donde más se explaya Riva-Agüero sobre cuestiones relativas a la situación del español del Perú es una exposición oral en la Escuela Superior de Lenguas Extranjeras de Tokio (14-dic-1938), que lleva por título "Las lenguas indígenas y el castellano en el Perú".¹³ La inicia recordando el carácter polisintético y aglutinante de las lenguas americanas. Cree que entre sí se parecen en gramática y fonética, aunque difieren en el vocabulario. La dispersión

resultante se atribuye al aislamiento geográfico y a la carencia de escritura. Pasa revista a los distintos grupos idiomáticos según la antigüedad de su establecimiento. Afirma el parentesco cercano entre el quechua y aimara, y explica el arcaísmo de los dialectos quechuas norteños en el desplazamiento de sus pueblos hacia el Sur. Reconoce la aportación cuantiosa del vocabulario quechua en el español del Perú. En éste reconoce la impronta andalucista, de donde se genera el *seseo* y los restos de aspiración procedente de F-. Atribuye también a la influencia sevillana la tendencia yeísta de la Costa, el leísmo y el loísmo. Algo se detiene en considerar los arcaísmos léxicos. Como se ve la charla es didáctica y muy convencional en sus conclusiones. No hay referencias a los investigadores pero es fácil advertir el recuerdo de Henríquez Ureña, con quien le unió cordial amistad. Riva-Agüero no deja pasar ocasión para ordenar, recomendar, combatir. Este impulso de mando, esta voluntad de poder lo inficionó de inquietudes y desasosiegos y le restó visión ecuánime y científica de las realidades sociales. Es muy típico en este sentido su manera de juzgar la evolución del lenguaje como un hecho ético, político:

"El que descoyunta y estraga por capricho el idioma se deja arrastrar por el mismo alud revolucionario que en otros campos aniquila instituciones y patrias, porque todos los desenfrenos son solidarios y todos los anarquismos son hermanos y a la larga provocan las mismas catástrofes [...] De ahí que el que cuida del léxico y regula los pruritos innovadores en gramática, aunque se le tache de académico y purista, realiza una tarea en alto grado clarificadora y saludable, de coordinación y esclarecimiento, no sólo estética, sino pedagógica, ética y social".¹⁴

Los años anteriores a la II Guerra Mundial no dejaban lugar a la ponderación. Los combates políticos con los izquierdistas pusieron a Riva-Agüero en un estado de beligerancia psicológica constante. Poco después va recuperando parcialmente la tranquilidad y esa intolerancia frente a los cambios, directamente vinculada además a un auditorio español de derechas que acaba de enfrentar años de cruenta guerra civil, deja paso a una actitud más serena, contagiada de la delicada discreción de un compañero de admiraciones literarias:

"Jiménez Borja y yo somos académicos que aceptamos sin trepidar los neologismos necesarios, a veces meros arcaísmos remozados, en la histórica transformación de acontecimientos y sentimientos. Novedades o restauraciones idiomáticas indispensables y loables si se usan con la parquedad debida".¹⁵

Conclusión. No alcanzó Riva-Agüero una visión descriptiva, crítica y objetiva de las realidades de la lengua. No tuvo la formación específica y temprana para separar lo prescriptivo de lo descriptivo en el enfoque de los idiomas. Y lo que parece más extraño: no llegó a comprender el carácter indiferente, moral y políticamente de la evolución de la lengua. Su imagen de la historicidad siguió teñida de normativismo y por momentos lo condujo al borde del anacronismo, que es el riesgo peor en quien cultiva una disciplina histórica. Su temperamento fogoso y dominante y las circunstancias que buscó y sufrió impidieron que sobrepasara la perspectiva preceptiva compartida por los estudiosos peruanos y americanos de su tiempo, inclinados más a juzgar afectiva y éticamente y menos a comprender racionalmente el lenguaje dentro de las raíces de la sociabilidad y de la historicidad humana. □

Notas

1. Luis Jaime CISNEROS V, "Sobre las ideas lingüísticas de Riva-Agüero". *Mercurio Peruano* (Lima), vol. 35, n 333, 1954, pp. 947-950.
2. Darío SAINTE MARIE (ed.), "Las últimas opiniones de un eminente polígrafo". En: *Perú en Cifras 1944-1945*. Lima, Ediciones Internacionales, 1945, pp. 800-802 (con dos facsímiles). El primer punto, desarrollado plenamente, era: "Recuerdo de la Universidad y de algunos maestros". El segundo quedó interrumpido: "¿Qué pensaba el joven de 1904 y qué piensa el joven de 1944?"
3. Juan Carlos GODENZZI A., *Las ideas lingüísticas de Mariano H. Cornejo*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1976. 75 h. Quizá cierta timidez de estudiante le llevó a omitir la observación acerca del europeísmo libresco, la total alienación de este libro, que carece de referencias importantes a la realidad nacional. Riva-Agüero reconoce en los recuerdos aludidos en nota anterior que el mundo universitario limeño apenas si tomaba en cuenta el pensamiento americano. Pero este cosmopolitismo finisecular arrastró al mismo joven periodista que tuvo como único contacto con las aulas universitarias un paso efímero por la Universidad Católica, acabada de fundar, donde se matriculó el futuro autor de "Peruanicemos el Perú" para estudiar ¡latín! atraído por la fama de un joven franciscano que terminaría revisando su opción vocacional para dedicarse exitosamente a la enseñanza del castellano. El profesor en cuestión era Emilio Huidobro (1879-1957), autor de varios textos escolares. Mariátegui lo daba por agustino, confundiéndolo con el P. Vélez. Para esta personalidad, influyente en la práctica literaria de Martín Adán y otros escritores de vanguardia, conviene consultar el recuerdo afectuoso y puntual que le dedica su antiguo alumno Estuardo NÚÑEZ, "Un maestro del idioma: Emilio Huidobro". En: VIII Congreso de Academias de la Lengua Española. Lima, 1980, pp. 559-63.
4. Javier PRADO, *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. Lima, 1918. 194 p. Originalmente fue discurso al reabrirse la actividad de la Academia Peruana y se publicó en su Boletín... (1918).
5. El prefacio de la primera edición, datado en 1915, viene suscrito por Charles Bally y Albert Sechehaye. Las sucesivas ediciones impresas en París por Payot sólo cambian levemente la paginación y culminan con la edición anotada de Tullio DE MAURO (1972), cuando ya

estaba traducida al japonés, alemán, ruso, al español en memorable versión de Amado Alonso (1945), inglés, polaco, húngaro, italiano. La bibliografía derivada es ingente y en ella sobresale las renovadoras investigaciones de Robert GODEL sobre los cuadernos y notas de clase que sirvieron de apoyo a la elaboración final realizada después de muerto Saussure. De Mauro añade rica información sobre la fortuna intelectual de esta obra capital para la ciencia del lenguaje.

6. Algunos detalles externos: el tomo, con una cartulina que refuerza la encuadernación en rústica ya desgastada, tiene una vieja etiqueta con la signatura K/12; recibió posiblemente durante el proceso inventarial de los libros de Riva-Agüero, y con fecha 6 de febrero de 1949, el número de ingreso 11488. Fue catalogado el 5 de setiembre de 1956 con la signatura Dewey 410/S24 por Teodoro Lucero Nieto (tln).

7. Hemos presentado al II Congreso Nacional de Investigaciones Lingüístico-Filológicas (Lima, Universidad Ricardo Palma, 3 de agosto de 1994) la contribución titulada Una página de la Historia de las ideas lingüísticas del Perú. Ideología lingüística de Riva-Agüero sobre la lengua castellana, que será publicada en las Actas en preparación. Ahí aludo a algunos otros trabajos sobre el pensamiento lingüístico peruano después de la Guerra del Pacífico.

8. Es difícil precisar a qué estudio se refiere. Pudiera ser alguno que le hubieran solicitado. Es probable que se refiriese al Boletín de Filología Española, publicación peninsular de corta vida con noticias bibliográficas y académicas; pero no es imposible que confunda el nombre de la Revista de Filología Española, también editada por la acreditada institución donde se formó una brillante generación de discípulos del maestro Menéndez Pidal.

Desde 1921 habían aparecido en la RFE los estudios de P. HENRÍQUEZ UREÑA "Observaciones sobre el español en América".

9. En el prólogo a un libro de H. Urteaga publicado en 1931, el mismo Riva-Agüero presenta un ordenado resumen cronológico de sus intentos de demostrar que Tiahuanaco fue una antigua cultura quechua, que renació y fructificó en la etapa neoquechua representada por los Incas. Se reproduce en las Ob. Comp. V, p. 156.

10. Anales Universitarios (Lima), t. 27, 1899.

11. Ignoro si en otros países es posible encontrar como nombre de pila el apellido de Rénan, todavía usado entre peruanos.

12. J. de la RIVA-AGÜERO, Carácter de la literatura del Perú independiente ed. cit. de sus Obras, (1962) pp. 263-63.

13. Obras Completas, t. V Estudios de Historia Peruana, pp. 401-408.

14. J. de la RIVA-AGÜERO, "Las condiciones literarias del Perú" Obras Completas, II (1962) p. 600.

15. J. de la RIVA-AGÜERO, "San Juan de la Cruz" (1942) Obras Completas, III, p. 120.